

Se dejó deslizar desde el alto de su embudo sobre el pavimento del patio, y se dirigió hacia la puerta, en donde, habiendo dicho las dos palabras *Parma y Lorena*, el portero le dejó libre el paso.

Una vez en la calle, maese Roberto Briquet respiró con tanto estrépito, que denotaba hacia largo tiempo estaba reteniendo la respiración.

El conciliábulo seguía: la historia nos dice lo que en él pasaba.

El señor de Mayneville traía de parte de los Guisas á los futuros insurrectos de París todo el plan de la insurrección.

No se trataba nada menos que de degollar á los personajes importantes de la ciudad conocidos por estar en favor del rey; de recorrer las calles gritando: *¡ Viva la misa! ¡ Mueran los políticos!* y de encender así un nuevo San Bartolomé con los viejos despojos del antiguo; sólo que en el nuevo se confundía á los católicos que pensaban mal con los hugonotes de toda especie.

Obrando de ese modo se quería servir á dos Dioses: al que reina en el cielo y al que iba á reinar en Francia: al Eterno y al señor de Guisa.

XII.

La cámara de S. M. Enrique III, en el Louvre.

En aquella grande cámara del Louvre, en que nuestros lectores han entrado ya tantas veces con nosotros, y en donde hemos visto al pobre Enrique III pasar tan largas y tan crueles horas, vamos á hallarle otra vez, no ya rey, no ya amó, sino abatido, pálido, inquieto y entregado sin reserva á la persecución de todas las sombras que su recuerdo evoca incesantemente bajo aquellas bóvedas.

Mucho había cambiado Enrique desde aquella

muerte fatal de sus amigos que hemos contado en otra parte. Aquel luto había pasado por encima de su cabeza como un huracán devastador y el pobre rey, que acordándose incesantemente de que era un hombre, no había puesto su fuerza y confianza más que en las afecciones privadas, se había visto despojar, por la muerte celosa, de toda confianza y de toda fuerza, anticipando así el momento terrible en que los reyes van á Dios solos, sin amigos, sin guardias y sin coronas.

Enrique III había recibido golpes crueles. Todo lo que él amaba, había caído sucesivamente en torno suyo. Después de Schomberg, Quélus y Maugirón, muertos en duelo por Livarot y Antragaet, San Megrin había sido asesinado por el señor de Mayenne: las llagas habían quedado abiertas y sangrando. El afecto que profesaba á sus favoritos, de Epernón y Joyeuse, se parecía al que un padre que ha perdido sus mejores hijos conserva á los que le quedan, que aunque conozca muy bien los defectos de éstos, los ama, los contempla, los cuida para que la muerte no se cebe en ellos.

Enrique había colmado de bienes á Epernón, y sin embargo no amaba á Epernón, más que por

intervalos y por capricho, y hasta le aborrecía en ciertos momentos. Entonces era cuando Catalina, esa implacable consejera en quien velaba siempre el pensamiento como la lámpara en el tabernáculo; entonces era cuando Catalina, incapaz de locuras, hasta en su juventud, tomaba la voz del pueblo para censurar los afectos del rey.

Jamás le hubiera dicho, cuando el rey dejaba vacío el tesoro para erigir en condado la posesión de Lavalette y ensancharla regimiento: « Señor, aborreced á esos hombres que no os aman, ó, lo que es aún peor, que no os aman sino por ellos. » Pero, vésele fruncir el ceño, óyesele en un momento de lasitud acusar á de Epernón de avaricia ó cobardía, y al momento hallaba la palabra inflexible que resumía todas las quejas del pueblo y de la soberanía contra de Epernón, y que abría un nuevo surco en el odio real.

De Epernón, gascón incompleto, había tomado, con su astucia y su perversidad nativa, la medida á la debilidad real; sabía ocultar su ambición, ambición vaga, y cuyo objeto era aún desconocido para él mismo; solamente que su avidez le servía de brújula para dirigirse al mundo lejano é ignorado

que le ocultaban aún los horizontes del porvenir, y sólo se gobernaba por esa avidez.

Si por casualidad se hallaba el tesoro un poco provisto, se veía á de Epernón surgir y acercarse con el rostro risueño; si estaba vacío, desaparecía con el labio desdeñoso y el ceño fruncido para encerrarse en su hotel ó en alguna de sus casas de campo, en donde lloraba miseria, hasta que cogía al pobre rey por la debilidad de su corazón y le sacaba alguna nueva dádiva.

Por él el favoritismo se había erigido en oficio; oficio de que él explotaba hábilmente todos los productos posibles. Primeramente no toleraba al rey el menor retardo en pagar al vencimiento de los plazos; luego, cuando más adelante se hizo cortesano y las brisas caprichosas del favor real fueron bastante frecuentes para hacer sólido su cerebro gascón, consintió en tomarse una parte del trabajo, es decir, en cooperar al ingreso de los fondos de que él quería hacer su presa.

Bien conocía él que esa necesidad le arrastraba á hacerse, de cortesano perezoso, que es el mejor de los estados, cortesano activo, que es la peor de todas las condiciones. Entonces deploró muy amar-

gamente los dulces ocios de Quélus, de Schomberg y de Maugirón, que en toda su vida no habían hablado de negocios públicos ni privados, y que convertían tan fácilmente el favor en dinero, y el dinero en placeres; la edad de hierro había sucedido á la edad de oro; el dinero no venía como en otro tiempo, era preciso ir á su encuentro, excavar, para sacarlo de las venas del pueblo como de una mina medio agotada. De Epernón se resignó y se lanzó hambriento en las inextricables dificultades de la administración, devastando acá y acullá á su paso, y apremiando sin hacer caso de las maldiciones cada vez que el ruido de los escudos de oro cubría la voz de los que se quejaban.

El bosquejo rápido y muy incompleto que hemos trazado del carácter de Joyeuse, puede mostrar al lector la diferencia que había entre los dos favoritos que se repartían, no diremos la amistad, sino aquella abundante porción de influencia que Enrique dejaba tomar siempre sobre la Francia á aquellos que le rodeaban. Joyeuse, naturalmente y sin pensar en ello, había seguido las huellas y adoptado la tradición de los Quélus, de los Schomberg, los Maugirón y los San Megrin: amaba al

rey, y se dejaba negligentemente amar por él; sólo que todos aquellos extraños rumores que habían corrido sobre la maravillosa amistad que el rey profesaba á los predecesores de Joyeuse, habían muerto con aquella amistad, y ningún borrón infame manchaba aquel afecto casi paternal de Enrique hacia Joyeuse. Nacido de una familia ilustre y honrada, Joyeuse profesaba, á lo menos en público, respeto á la soberanía, y jamás su familiaridad traspasaba ciertos límites. En medio de la vida moral, Joyeuse era un amigo verdadero; pero ese medio no se presentaba mucho. Ana era joven, arrebatado, enamoradizo, y cuando estaba enamorado era egoísta. Para él era poca cosa el ser feliz por el rey y hacer subir su felicidad hacia su origen; y era todo el ser feliz de cualquiera manera que fuese. Valiente, hermoso, rico, brillaba con ese triple reflejo que forma á las frentes jóvenes una aureola de amor; la naturaleza había hecho demasiado por Joyeuse, y Enrique maldecía algunas veces á la naturaleza, que tan poco le había dejado que hacer por su amigo.

Enrique conocía bien á esos dos hombres, y sin duda los amaba á causa de su contraste. Bajo su

exterior escéptico y caprichoso, Enrique ocultaba un fondo de filosofía que, sin Catalina, se habría desarrollado en un sentido de utilidad notable.

Vendido á menudo, Enrique no fué jamás engañado.

Era, pues, con esa perfecta inteligencia del carácter de sus amigos, con ese profundo conocimiento de sus defectos y cualidades, como alejado de ellos, aislado, triste, en aquella sombría cámara, pensaba en ellos, en sí, en su vida, y miraba en la sombra aquellos fúnebres horizontes delineados ya en el porvenir para muchas vistas menos penetrantes que las suyas.

El asunto de Salcedo le había puesto muy sombrío. Solo entre dos mujeres en semejante momento, Enrique había sentido su desenlace; la debilidad de Luisa le entristecía; la fuerza de Catalina le espantaba. Sentía en fin en sí ese vago y eterno terror que experimentan los reyes señalados por la fatalidad para que una raza se extinga en ellos y con ellos.

Percibir en efecto que, aunque elevado sobre todos los hombres, esa elevación no tiene base sólida; sentir que es uno la estatua incensada, el

ídolo que adoran; pero que los sacerdotes y el pueblo, los adoradores y los ministros, lo inclinan ó levantan según su interés, lo hacen oscilar según su capricho, es para un espíritu altivo la más cruel de las desgracias. Enrique lo sentía vivamente y se irritaba de sentirlo.

Y sin embargo, de vez en cuando, acudía á la energía de su juventud apagada en él antes del fin de esa juventud.

— Al cabo, — se decía, — ¿por qué me he de inquietar? No tengo ya guerras que sostener; Guisa está en Nantes, Enrique en Pau; el uno se ve obligado á encerrar en sí mismo su ambición, y el otro no la ha tenido jamás. Los espíritus se calman; ningún francés ha examinado seriamente esa empresa irrealizable de destronar á su rey; esa tercera corona prometida por las tijeras de oro de madama de Montpensier, no es más que un dicho de mujer ofendida en su amor propio; sólo mi madre piensa siempre en su fantasma de usurpación sin poder mostrarme seriamente el usurpador; pero yo, que soy hombre, que, á pesar de mis pesares, tengo aún un cerebro joven, sé á qué atenerme sobre los pretendientes que ella teme.

Yo haré á Enrique de Navarra ridículo, á Guisa odioso, y disiparé con la espada en la mano las ligas extranjeras. ¡Por Dios santo! yo no valía más que valgo hoy, en Jarnac y en Moncontour.

— Sí, — continuaba Enrique dejando caer la cabeza sobre el pecho, — sí, pero entretanto me fastidio, y es mortal el fastidiarse. ¡Eh! ¡hé ahí mi único, mi verdadero conspirador, el fastidio! y mi madre no me habla jamás de éste.

— ¡Mirad si viene alguno á verme esta noche! Joyeuse había prometido tanto estar aquí temprano... él se divierte; pero, ¿cómo diablos hace para divertirse? De Epernón, ¡ah, ése no se divierte! se enfurruña; aun no ha cobrado la libranza de veinticinco mil escudos sobre las patas hendidas. ¡Y bien! que se enfurruñe á sus anchuras.

— Señor, — dijo el ujier, — el señor duque de Epernón!

Todos los que conocen el fastidio de esperar, las recriminaciones que éste produce contra las personas que se esperan, la facilidad con que se disipa la nube cuando la persona se presenta, comprenderán la solicitud con que el rey ordenó que acercasen un sillón.

— ¡ Ah ! Buenas noches, duque, — dijo, — me alegro infinito de verte.

De Epernón se inclinó con respeto.

— ¿ Por qué no has ido á ver descuartizar á ese pícaro español ? Bien sabías que tenías un puesto en mi balcón, pues he mandado á decírtelo.

— Señor, no he podido.

— ¿ No has podido ?

— No, señor ; tenía que hacer.

— ¿ No se diría en verdad que es mi ministro con su cara de un codo, que viene á anunciarme que no se ha pagado el subsidio ? — dijo el rey encogiéndose de hombros.

— Á fe mía, señor — dijo de Epernón aprovechándose de la ocasión, — V. M. ha acertado ; no se ha pagado el subsidio, y estoy sin un escudo.

— ¡ Bueno ! — exclamó Enrique impaciente.

— Pero, — repuso de Epernón, — no es esto de lo que se trata, y me apresuro á decirlo á V. M., porque podría pensar que son esos los negocios de que me he ocupado.

— Veamos cuáles son esos negocios, duque.

— V. M. sabe lo que ha pasado en el suplicio de Salcedo.

— ¡ Pardiez si lo sé ! como que lo presencié.

— Han intentado arrebatarse el reo.

— Yo no he visto eso.

— Sin embargo, son las voces que circulan por la ciudad.

— Voces sin causa y sin resultado ; nadie se ha movido.

— Yo creo que V. M. está equivocado.

— ¿ Y en qué fundas esa creencia ?

— En que Salcedo ha desmentido delante del pueblo lo que ha declarado delante de los jueces.

— ¡ Ah ! ¿ Conque sabes tú eso ?

— Yo trato de saber todo lo que interesa á V. M.

— Gracias, — pero ¿ adónde vas á parar con ese preámbulo.

— Á esto : un hombre que muere como Salcedo, ha muerto como un excelente servidor, señor.

— Y bien, ¿ qué más ?

— El amo que tiene tales servidores es muy dichoso : hé ahí todo.

— ¿ Y quieres tú decir que yo no tengo tales servidores ó más bien que no tengo ninguno ? Razón tienes, si es eso lo que quieres decir.

— No es eso lo que quiero decir. V. M. hallaría

en la ocasión, y de ello puedo responder cual ninguno, servidores tan fieles como los que ha hallado el amo de Salcedo.

— ¡El amo de Salcedo, el amo de Salcedo!... Acabad de nombrar una vez las cosas, todos vosotros los que me rodeáis, ¿cómo se llama ese amo?

— V. M. debe saberlo mejor que yo, puesto que se ocupa de política.

— Yo sé lo que sé. Dime tú lo que sabes.

— Yo no sé nada; sólo que sospecho muchas cosas.

— ¡Bueno! — dijo Enrique disgustado. — Vienes aquí á espantarme y decirme cosas desagradables, ¿no es verdad? ¡Gracias, duque! Te reconozco bien en eso.

— Vamos; hé ahí que V. M. me trata mal! — dijo de Epernón.

— Creo que con bastante razón.

— No tal, señor. La advertencia de un hombre del puede ser equivocada, pero no por ello ese hombre cumple menos con su deber haciendo esa advertencia.

— Esos son negocios míos.

— ¡Ah! Si V. M. lo toma así, tenéis razón, señor; no hablemos más de esto.

Hubo un silencio que el rey rompió el primero.

— Vamos, — dijo, — no vengas á ponerme sombrío, duque. Estoy ya lúgubre como un Faraón de Egipto en su pirámide: alégrame.

— ¡Ah! señor, la alegría no está siempre á nuestras órdenes.

El rey dió con cólera un puñetazo sobre la mesa.

— ¡Eres un testarudo, un mal amigo, duque! Ay! ¡no creía yo haber perdido tanto al perder mis servidores de otro tiempo!

— ¡Me atreveré á hacer observar á V. M. que no alienta mucho á los nuevos?

El rey hizo una nueva pausa durante la cual, por toda respuesta, miró con una expresión de las más significativas á aquel hombre cuya grande fortuna había hecho.

De Epernón comprendió.

— V. M. me echa en cara sus beneficios, — dijo con el acento de un gascón consumado. — Yo no le echo en cara mi adhesión.

Y el duque, que aun no se había sentado, tomó el sillón que el rey había mandado aproximarle.

— ¡Lavalette, Lavalette, — dijo Enrique triste-

mente, — tú me despedazas el corazón! tú que tienes tanta grandeza, tú que con tu buen humor podrías ponerme alegre y divertido! Dios me es testigo que no he querido hablar de Quélus, tan valiente; de Schomberg, tan bueno; de Maugirón, tan puntilloso tratándose de mi honor. No vivía aún en ese tiempo Bussy, Bussy que no era mi partidario, si quieres, pero á quien yo me hubiera atraído á no haber temido hacer sombra á los otros; Bussy que fué la causa involuntaria de su muerte. ¡ Ay! ¡ Á qué he venido á parar, que hasta echo de menos á mis enemigos! Ciertamente que todos cuatro eran unos valientes. ¡ Eh! ¡ Dios mío! no te enfades por esto que te digo. ¿ Qué quieres, Lavalette? No es tu temperamento para andar á todas las horas del día dando estocadas al primero que llega; pero en fin, querido amigo, si no eres arriesgado y de buen brazo, eres jocoso, agudo, y á veces de buen consejo. Conoces todos mis negocios, como aquel otro amigo más humilde con quien jamás experimenté el fastidio.

— ¿ De quién quiere hablar V. M.? — preguntó el duque.

— Tú debieras parecerte á él, de Epernón,

— Pero desearía saber quién es ese que V. M. echa de menos.

— ¡ Oh! ¿ Dónde estás, pobre Chicot?

De Epernón se levantó muy picado.

— ¡ Y bien! ¿ qué es lo que haces? — dijo el rey.

— Parece, señor, que V. M. está hoy para recuerdos; y en verdad que no es muy satisfactorio para todos.

— ¿ Y por qué?

— Porque V. M., quizá sin pensar en ello, me compara con el señor Chicot, y la comparación no me lisonjea mucho.

— No tienes razón, de Epernón. Yo no puedo comparar con Chicot más que á un hombre á quien ame y que me ame. Chicot era un servidor sólido é ingenioso.

Y Enrique dió un profundo suspiro.

— Presumo que V. M. no me ha hecho duque y par por parecerme á maese Chicot, — dijo de Epernón.

— Vamos, dejemos las recriminaciones, — dijo el rey con una sonrisa tan melancólica que el gascón, á pesar de lo astuto é impudente que era,

se halló más mortificado con aquel sarcasmo tímido, que lo habría estado con un reproche claro.

— Chicot me amaba, — continuó Enrique, — y me falta; he ahí todo lo que puedo decir. ¡ Oh ! Cuando pienso que en ese mismo sitio en que tú estás, han estado esos jóvenes, hermosos, valientes y fieles; que allí, sobre aquel mismo sillón en que has dejado tu sombrero, se ha dormido Chicot más de cien veces...

— Tal vez era muy espiritual, — interrumpió de Eperón; — en todo caso, era poco respetuoso.

— ¡ Ay ! continuó Enrique. — Ese amigo querido no tiene hoy más espíritu que cuerpo.

Y agitó tristemente su rosario de calaveras que hizo oír un chischás lúgubre, como si estuviese formado de verdaderos huesos de difunto.

— ¡ Eh ! ¿ Qué se ha hecho vuestro Chicot ? — preguntó de Eperón.

— Ha muerto, — respondió Enrique; — ¡ muerto como todos los que me han amado !

— Y bien, señor, — replicó el duque, — creo que ha hecho bien en morirse; se envejecía, aunque mucho menos que sus chistes, y me han dicho que la sobriedad no era su virtud favorita. ¿ De qué

ha muerto el pobre diablo, señor ? ¿ de indigestión ?

— Chicot ha muerto de pesar, mal corazón, — replicó el rey con acriitud.

— Lo habrá dicho él por haceros reír por última vez.

— Te engañas, pues ni aun ha querido entristecerme con el anuncio de su enfermedad, porque él, que tantas veces me ha visto llorar á mis amigos, sabía lo mucho que siento su pérdida.

— Entonces se ha aparecido su sombra.

— ¡ Ojalá la volviese á ver aun su sombra ! No, es su amigo el digno prior Gorenflot quien me ha escrito esa noticia.

— ¡ Gorenflot ! ¿ qué cosa es ese Gorenflot ?

— Un santo varón á quien he nombrado prior de los Jacobinos, y que habita ese hermoso convento fuera de la puerta de San Antonio, enfrente de la Cruz Faubin, cerca de Bel-Esbat.

— Muy bien; algún mal predicador á quien V. M. habrá dado un priorato de treinta mil libras y á quien se guarda bien hacerle reproches.

— ¡ Ahora te vas á hacer un impío ?

— Si eso pudiese curar el fastidio á V. M., probaría...

— ¿Quieres callar, duque? Estás ofendiendo á Dios.

— Chicot era bien impío, y me parece que se le perdonaba.

— Chicot ha vivido en un tiempo en que yo podía reirme aún de alguna cosa.

— Entonces V. M. no tiene razón en echarle de menos.

— ¿Por qué?

— Si V. M. no puede ya reirse de nada, por divertide que fuese Chicot, no le sería de gran recurso.

— Ese hombre era bueno para todo, y no es sólo por su agudeza por lo que le hecho de menos.

— ¿Entonces por qué? supongo que no será por su cara, porque el señor Chicot era muy feo.

— Daba consejos prudentes.

— ¡Vamos! Estoy viendo que, si viviese, le haría V. M. su guardasellos, como ha hecho prior á ese frailote.

— ¡Vamos, duque, te ruego que no te rías de los que me han profesado afecto y á quienes lo he profesado yo mismo. Chicot, desde que ha muerto,

me es sagrado como un amigo verdadero, y cuando yo no tengo ganas de reir, desao que nadie se ría.

— ¡Oh! sea así, señor; yo no tengo más ganas de reir que V. M. Lo que decía es que, hace un momento, echabais de menos á Chicot por su buen humor; es que hace un momento, me pedíais que os alegrase, mientras que ahora deseáis que os entristezca... ¡Parfandious!... ¡Oh perdonad, señor, este maldito jaramento se me escapa á cada instante.

— ¡Bien, bien! ahora estoy sosegado; estoy en el punto en que querías verme cuando has comenzado la conversación por anuncios siniestros. Dime, pues, tus malas noticias, de Eperón, que hay en el rey la fuerza de un hombre.

— No lo dudo, señor.

— Y es una fortuna, porque, mal guardado como estoy, si yo no me guardase á mí mismo, habría muerto diez veces en un día.

— Lo que no desagradaría á ciertos sujetos que yo conozco.

— Contra esos, duque, tengo las alabardas de mis Suizos.

— Son muy impotentes para alcanzar de lejos.

— Contra los que es preciso alcanzar de lejos, tengo los mosquetes de mis arcabuceros.

— Son incómodos para herir de cerca; para defender un pecho real, lo que vale más que las alabardas y los mosquetes, son buenos pechos.

— ¡Ah! ¡Hé ahí lo que yo tenía en otro tiempo! ¡y en sus pechos nobles corazones! Jamás se hubiera llegado hasta mí, en tiempo de esos baluartes vivientes que se llamaban Quélus, Schomberg, Maugirón y San Megrin.

— ¿Es eso, pues, lo que V. M. echa de menos? — preguntó de Epernón que contaba tomar su desquite cogiendo al rey en flagrante delito de egoísmo.

— Yo echo de menos, ante todo, los corazones que latían en aquellos pechos, — respondió Enrique.

— Señor, — dijo de Epernón, — si me atreviese, haría observar á V. M. que yo soy gascón, es decir, previsor é industrioso; que trato de suplir con el ingenio las cualidades que me ha negado la naturaleza; en una palabra, que hago cuanto puedo, es decir, todo lo que debo, y que por consiguiente tengo derecho á decir: Suceda lo que suceda.

— ¡Ah! ¿Es así como sales de embarazos? Vienes á hacerme grande ostentación de los peligros verdaderos ó falsos que corro, y cuando has logrado amedrentarme, te reduces á estas palabras: Suceda lo que suceda. Muchas gracias, duque.

— ¿Quiere, pues, V. M. creer un poco en que hay peligros?

— Sea. Creeré en ellos, si me pruebas que los puedes combatir.

— Me parece que lo puedo.

— ¿Tú lo puedes?

— Sí, señor.

— Bien sé que tienes tus recursos... tus pequeños medios... ¡qué zorro eres!

— No tan pequeños.

— Entonces veamos.

— ¿Consiente V. M. en levantarse?

— ¿Para qué?

— Para venir conmigo hasta las antiguas piezas del Louvre.

— Del lado de la calle del Astruce.

— Precisamente al sitio en que se ocupaban en construir un guarda-muebles, proyecto que ha sido abandonado desde que V. M. no quiere otros mue-

bles que reclinatorios y rosarios de calaveras.

— Están dando las diez en el reloj del Louvre; me parece que no es tan tarde.

— ¡ Y qué he ver en esa pieza ?

— ¡ Caramba ! Si os lo digo, será el medio de que no vengáis.

— Muy lejos es, duque.

— Por las galerías, no se tarda más que cinco minutos, señor.

— ¡ De Epernón, de Epernón !

— ¡ Y bien, señor ?

— Si lo que quieres enseñarme no es muy curioso, ¡ cuidado contigo !

— Os respondo, señor, que ha de ser curioso.

— Vamos, pues, — dijo el rey levantándose con un esfuerzo.

El duque tomó su capa, y presentó al rey su espada; luego cogiendo un cirio, echó á andar por la galería precediendo á S. M. C., que le siguió con perezoso paso.

XIII.

El dormitorio.

Aunque no eran aún más que las diez, como había dicho de Epernón, reinaba ya en el Louvre un silencio sepulcral, y era tan recio el viento que soplabá, que apenas se oían los pesados pasos de las centinelas y el rechinar de los puentes levadizos.

En menos de cinco minutos, en efecto, llegaron los dos paseantes á los edificios de la calle del Astruce, que había conservado este nombre, aun